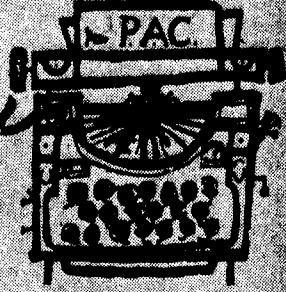


Notas de viaje  
escrito a máquina

# TOLEDO



y el entierro del Conde de Orgaz

## LA ESPADA.-

Toledo se deja coger entero por la mirada como el puño de una espada. Ayuda la mano líquida del Río Tajo que la ciñe. Ayuda también el desolado y cegador paisaje que aprieta su cintura de castillo y hace saltar, estocando el azul, sus torres y atalayas. ¡En ninguna otra ciudad del mundo tanta historia ocupa tan poco lugar! Sus cuatro puertas, sus intrincadas callejuelas nos conducen —como galerías de la mina del tiempo— no sólo a lugares sino a remotas épocas y fechas. Nuestro pasado —porque también aquí comienza América—, cree tocar fondo en la época griega cuando Toledo era PTOLETRON (decían que fundada por Hécales), pero arrancas unas piedras más y llegas a los tiempos bíblicos en que Toledo era TOLEDOTK para los judíos exilados a Iberia en la época de Nabucodonosor. En algún alcázar o templo alguna piedra nos habla luego de la Toledo romana, que Marco Fulvio, dos siglos antes de Cristo, eligió para capital de Carpetania. Entonces comienza su historia escrita y con ella la historia de sus

—figúrate!, van a hablarle a cuantos nazcan

de un abismo, unas hordas, una guerra

de siete siglos sin cuartel, sin alvexies, sin amor. Ya verás!”

Porque es verdad que estallaban represalias y matanzas, pero lo normal fue la convivencia y el cruce. Dice un historiador: “Dentro de los muros de Toledo (en tiempos de Alfonso VI que ganó la ciudad para España) habitaban juntos el vencido y resignado musulmán, el judío —eterno chivo expiatorio—, el mozárabe ennoblecido por su antiguo origen, el orgulloso castellano, el extranjero recompensado por sus hazañas —la mayoría francos— etcétera, y esta multiplicidad de razas y diversidad de cultos se regía, para convivir, por una admirable y complicada diversidad de legislaciones, fueros y gobiernos peculiares, con tribunales privativos y magistrados elegidos por cada grupo racial o cultural o religioso”.

En este crisol se fraguó un pueblo abierto, de corazón ecoménico, que hizo posible la conquista de América y la singularidad mestiza de su colonización. Fue la semilla de la futura América: “cuna de la raza cósmica” como la llama el mexicano José Vasconcelos: “continente de la raza final hecha con el tesoro de todas las anteriores”

## EL HIMNO

Cuando se entra a la gigantesca Catedral de Toledo, uno comprende, en la lección de sus piedras, esta original capacidad de apertura y fusión que marca la historia de la ciudad y que es la esencia misma de lo HISPANICO, aunque tantas veces España y también nosotros, sus vástagos, la hayamos traicionado y torcido, edificando imperialismos de diversas formas y colonialismos de diversos contenidos. La enorme fábrica de la Catedral constituye, dentro de su imponente unidad, un verdadero museo de arquitectura de todos los órdenes, y de arte en todas sus manifestaciones: desde el severo gótico de sus naves ojivales del siglo XIII, a la riqueza del gótico del XIV del pilar del crucero; desde el mozárabe de la Capilla de Cisneros, al mudéjar de la Sala Capitular; desde el plateresco de la Capilla de los reyes, al excepcional barroco del llamado “Transparente” que es una cascada de luz y de formas volátiles irrumpiendo en las penumbras medievales. Y así rejas y estatuas, retablos, sepulcros y pinturas, uniéndose a la arquitectura, forman —variado y único— un himno gigante que asciende los cincuenta metros de altura de sus naves, o los 80 de su torre, o escapa en luz, hecho oración a través de sus setecientos cincuenta vitrales.

## LA PROFECIA

Piedras que se elevan en himno. Esa imagen de la Catedral es también la otra dimensión de Toledo, llamada “la ciudad mística”, cuyo paisaje tanto recuerda al de Jerusalén. Quien mejor ha expresado esa apasionante dimensión de Toledo es Domenico Theotocopoulos, el pintor cretense llamado el Greco, que encontró en esta ciudad —y la nutrió de su ambiente y paisaje— la paleta que hizo posible en pintura (¡caso único!) la desmaterialización de la materia, o al revés: la pintura de lo sobrenatural. Piénsese en su cuadro “El Expolio”, en su Cristo rodeado de un bullicio agresivo. “Su túnica roja lo envuelve y realza solitario y eminente como una Hostia de Sangre, y sobre esta túnica se levanta la cabeza más arrobada de divinidad que ha podido concebir un pintor”. Recuérdese su cuadro “Pentecostés”, donde, según Maurice Barrés, se agrupan “seres vivientes, retorcidos, fundidos, volatilizados por la más prodigiosa de las emociones. Y el cuadro es, hecha sensible, la verdad de una religión”. Pero, como metáfora de Toledo, como expresión de “lo hispánico” en su última y suprema dimensión, contémplese “El Entierro del Señor de Orgaz”.

Así como los admirables Mayas se volvieron astrónomos y estrelleros porque, rodeados de altísima selva, sólo podían sus ojos escapar mirando al cielo, así Toledo, entre muros guerreros y eclesiales, y rodeada como dice Ortega Gasset, de un árido y terrible paisaje tibetano, “la ciudad sólo tiene escape hacia el firmamento”. Esa omni presencia de lo sobrenatural en lo natural, este enlace de lo visible con lo invisible —(reto del Misterio al Artista a través de todas las edades)— lo expresó genialmente el Greco en el cuadro del Entierro, una de las maravillas de la pintura universal.

Fusionando toledanamente dos estilos en dos planos, representa abajo un grupo de caballeros y de religiosos que entierran a un guerrero. El panel de rostros —como una franja horizontal y cinematográfica de la vida humana— la expresión de esos rostros; la dignidad y la paz del rostro del muerto, es el más alto logro de la expresión realista. Pero, surgiendo de las miradas de esos hombres (y, hasta se pudiera decir, de sus pensamientos) se eleva hacia arriba otro plano de figuras de una vehemencia y de un fuego interno que las hace salirse de sí mismas y moverse en una espiral ascendente de ritmos que tenemos que llamar angélicos, porque



cuerpos y mantos, aires y nubes están tratados con el más excelso suprarrealismo alcanzado por la pintura. Ahí lo que vemos son espíritus. Pintura de éxtasis. Allí el Greco logra con sus pinceles lo que sólo ha logrado San Juan de la Cruz en poesía.

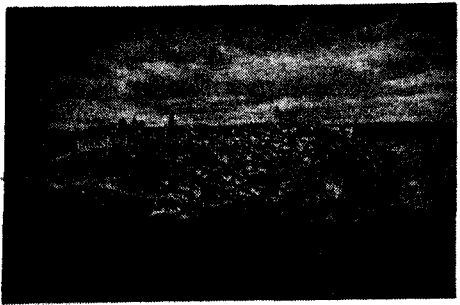
Algunos críticos han incomprendido y repudiado esta aparente contradicción de estilos de los dos planos. Barrés es uno de los que rechaza esa fusión que llama “inconexa”. Es el rechazo del que no conoce la vía. (¿Cuántas veces ha sido rechazado el cielo en nombre de la tierra, y la tierra en nombre del cielo?) Pero el Greco no sólo ha descubierto en Toledo la técnica pictórica para “ver” y hacernos ver la presencia de lo sobrenatural, sino que, como cristiano, sabe y ejerce la otra técnica para contactar con lo Divino que es la oración. La oración es el camino de penetración a lo sobrenatural. (Y viceversa: “La desintegración de nuestro mundo es la corrupción de un cuerpo muerto que ha perdido su vida de oración”, dice Merton). En este cuadro himenoso lo que liga

cielo y tierra es la oración que se abre en las miradas y los labios de los hombres del plano de abajo y por ella se hacen presentes las visiones encendidas del plano de arriba. Abajo la fe se hace esperanza junto a la muerte. Arriba esta esperanza se transforma en resurrección.

El “Entierro” es una profecía. Es el anuncio de que es posible la unidad de los dos planos que parecieron separarse —en guerra abierta o fría— en nuestra época: Materialismo y Espiritualismo.

Quizás Ernesto Cardenal, concretando más, diría que es la reconciliación de Marx con Cristo. Fijémonos que es un guerrero el que va a ser sepultado. Este es el entierro de la espada. El Cielo se abre cuando “la edad del hierro”, como diría Virgilio, da paso a la edad del Amor. Pero el Greco añade: La religión no es escape. No es opio. Es realista abajo. Es liberación. Es humanismo. Humanismo que alcanza su plenitud en la resurrección.

PABLO ANTONIO CUADRA



espadas. Apenas sabemos algo de la ciudad y ya el poeta latino Graciano Falisco, en su “Cinegética” elogia las espadas toledanas como las mejores del mundo. ¿Pensar cuánta hazaña, cuánto crimen, cuánta historia va a ser escrita por esas espadas: desde Roma hasta los Godos que en Toledo coronan su reino y luego con Recaredo lo cristianizan; desde los godos hasta el dominio musulmán (aquí en Toledo, junto al río está el baño de la bella Florida, la Cava, donde

“Holgaba el rey Rodrigo con la hermosa Cava en la ribera...” y por forzador de doncellas pierde el reino en manos del Califa Tarik); y luego, desde los musulmanes hasta el Cid y su tizona, y desde el Cid que conquista Valencia y Alfonso VI que reconquista Toledo hasta San Fernando, conquistador de Sevilla, y desde el rey-santo hasta Isabel, conquistadora de Granada, y desde Granada hasta América. Siempre la espada toledana sumando y restando historia; espadas que hablaron griego, hebreo, latín, árabe y castellano para recibir luego nombres indios en las batallas de América: espadas que fueron un día instrumento de paz al servicio de la justicia y otro día cuerpos del delito al servicio de la opresión y del crimen: aquí en Toledo se templaron los aceros que ganaron para España la victoria de las Navas de Tolosa, o los que hicieron respetar los admirables Fueros democráticos en tiempos de Alfonso VI; pero también toledanas fueron las armas de las inicuas matanzas cuando la sublevación de aquella noble figura de romance Don Alvaro de Luna, o las que cortaron las cabezas libertarias de los Comuneros de Castilla en tiempos de Carlos V. Son las mismas espadas que yo —americano, hijo de padres que las usaron para conquistar, y de padres que sucumbieron a su conquista— estoy viendo forjar aquí, en el barrio de los Armeros, y oyendo el mismo golpe ya milenario del marillo sobre el metal al rojo, ruido que hoy sólo anuncia una artesanía, pero que ayer significó para tantos, tantas veces, el sonido de la estúpida aventura de la guerra.

## EL CRISOL.-

Pero Toledo no es sólo espada y alcázar de guerreros. Fue también, y sobre todo, el más formidable crisol de razas y culturas en convivencia que tuvo España. La perspectiva del tiempo nos hace creer, con frecuencia que todo el periodo de dominio árabe y luego de reconquista española fue una guerra a muerte entre musulmanes y cristianos. Pero no fue así. Ya desde los primeros siglos de conquista musulmana se formaron los grupos “mozárabes” (gentes hispanas que vivieron bajo el dominio y a la usanza mora, pero fieles a su fe cristiana), como siglos más tarde se formarían los “mudéjars”, que eran los mahometanos moros que se quedaron viviendo entre los vencedores cristianos sin mudar de religión pero como vasallos de los reyes españoles. Mozárabe y mudéjar y castellana es Toledo. No sólo guerra sino diálogo. El romancero está lleno de moras que enamoran a cristianos y viceversa. Amores morenaron la raza. Y cuenta Fernando Quiñones, en su poemario “Ben Jaqan” (de lo mejor que se ha escrito en España de hoy) que la abuela del gran Abderraman III resulta ser la princesa Itiga, y q' Almanzor “casa a la chica del Navarro, de Sancho, y llama Sanchol al chicuelo” y de las monedas que acuñan los reyes de Castilla en las dos lenguas, y de las casullas combinando el estandarte moro con el Cordero Pascual. “Aunque luego termina.